

Miradas diversas:

la violencia de género desde las humanidades

Ma. del Carmen Dolores Cuccuecha Mendoza
Adriana Sáenz Valadez

Coordinadoras



Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades

Ma. del Carmen Dolores Cuecuecha Mendoza

Adriana Sáenz Valadez

(Coordinadoras)

UATx / UMSNH / Silla vacía

México

MMXXII

Primera edición

Colección Academia (III)

ISBN: 978-607-99838-6-4

Corrección, diseño y cuidado de la edición

www.sillavaciaeditorial.com

Derechos reservados conforme a la ley

© Universidad Autónoma de Tlaxcala

© UMSNH

© Silla vacía Editorial

© Autoras y autores de cada texto

El trabajo de investigación reflejado en este libro fue apoyado por la Coordinación de la Investigación Científica de la UMSNH.

Este libro fue evaluado bajo el título *Miradas diversas: la violencia contra las mujeres y las mujeres transexuales en México*, pero en el proceso editorial se consideró que el mejor título sería *Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades*.

Los textos fueron dictaminados por pares ciegos y, una vez aprobados, en conjunto fueron puestos a disposición de los comités editoriales de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y de la Universidad Autónoma de Tlaxcala: ambas instancias se manifestaron a favor de la publicación de los trabajos en un libro colectivo (los oficios se encuentran bajo el resguardo de Silla vacía Editorial).

Contenido

Prólogo

Ma. del Carmen Cuecuecha Mendoza
Adriana Sáenz Valadez 11

Breve panorama sobre la violencia

María Rodríguez-Shadow
Dirección de Etnología y Antropología Social 21

El amor romántico y la violencia de género en *El invencible verano de Liliana*, de Cristina Rivera Garza

Ma. del Carmen Dolores Cuecuecha Mendoza
Universidad Autónoma de Tlaxcala 31

Permiso para violentar: las nociones sobre los géneros

Adriana Sáenz Valadez
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Conacyt 55

Violencia inter e intragenérica en *Casas vacías*, de Brenda Navarro

Cándida Elizabeth Vivero Marín
Universidad de Guadalajara / Centro de Estudios de Género 89

Violencia y representación de la mujer trans en *Por debajo del agua*, de Fernando Zamora

Fernanda Carolina Ochoa Flores
Gabriel Osuna Osuna
Universidad de Sonora 109

**Violencia y representación de la mujer trans
en *Por debajo del agua*, de Fernando Zamora**

**Fernanda Carolina Ochoa Flores
Gabriel Osuna Osuna**
Universidad de Sonora



Introducción

A la luz de los aportes teóricos en el estudio de la identidad trans durante los años recientes, consideramos importante observar desde estas nuevas miradas cómo se han dado sus procesos constructivos y representativos en la Literatura. Por ello, el objetivo del presente capítulo es determinar cómo se construye y representa la identidad transgénero en la novela *Por debajo del agua* (2002) de Fernando Zamora, pues en esta el tema de la protagonista y las características de su historia resultan fundamentales para comprender cómo aparece a principios del siglo XXI el personaje de manera más compleja.

Hablar de género en la novela mexicana como un punto de referencia analítico ha sido polémico y, más aún, lo ha sido también adentrarse en el estudio y conocimiento de la comunidad transgénero y su representación en los textos literarios. De manera general, podemos considerar que las sociedades aún están cimentadas sobre estructuras de poder que subsisten a través de una relación de opresor-oprimido. Estas se han sustentado por siglos en la dominación de lo masculino sobre lo femenino, sosteniendo esa superioridad a través de múltiples modalidades de violencia (física, sistémica, estructural, económica, verbal, simbólica, entre otras). Este fenómeno, definido de formas diversas (poder patriarcal, machismo, etc.), se ve trastocado intensamente cuando tiene frente a sí identidades no dicotómicas, y entonces la violencia se hace presente a manera de hostigamiento, repulsión, discriminación, violación, muerte, etcétera. Desde esta perspectiva, la comunidad trans ha quebrantado la heteronorma al funcionar en la mayoría de los casos fuera del orden social dominante. Como grupo transgresor que redefine las normas sociales, su protagonismo en la literatura había sido negado, pues sus personajes se habían categorizado dentro del concepto de la literatura

gay,¹ y cuyas nomenclaturas se habían puesto en práctica de manera formal hasta finales del siglo XX y principios del XXI. En este sentido, hoy por hoy es necesario reubicar su estudio a la luz de los aportes de la teoría queer y los estudios trans. Desde esta perspectiva, la identidad trans y su representación en la literatura se convierten hoy en objeto de estudio fundamental; en el caso específico de *Por debajo del agua*, las tensiones en su representación aparecen la mayoría de las veces en evidente conflicto con los valores tradicionales y la herencia cultural hegemónica.

La violencia, la heteronormatividad y la comunidad transgénero

Los receptores principales de la violencia ocasionada por el machismo² son aquellas entidades que son percibidas como débiles, minoritarias o fuera de

¹ Durante el siglo XX bajo el término gay se etiquetó aquella literatura en donde se protagonizaban como parte fundamental de la historia las relaciones eróticas y afectivas entre hombres; con el tiempo, y con los cambios en los paradigmas de representación en el siglo XXI, resulta pertinente la desenzualización de los términos con los cuales se estudiaba la identidad de género. Dentro de estos procesos de comprensión y explicación, se ha dado pie para la inclusión de las mujeres trans como protagonistas en y desde sus historias. De esta manera, se ha abierto el abanico de posibilidades que dan cuenta de la diversidad de las identidades de género más allá de las concepciones derivadas de los discursos dominantes.

² En Latinoamérica el machismo es intrínseco de los individuos que la componen. Ya en su momento Carmen Lugo (1985) catalogaba a México como la “patria de los machos”. Esta se establece, de acuerdo con la autora, como una superestructura que domina a la población para formar parte del inconsciente colectivo que no discrimina entre hombres, mujeres, niñas y niños que, a través de sus propias conductas, reflejan esta patología social que sigue violentando, en todos los sentidos, a la población actual. A su vez, Lugo plantea que el machismo es “una serie de conductas, actitudes y valores que se caracterizan fundamentalmente por una autoafirmación sistemática y reiterada de la masculinidad; o como una actitud propia de un hombre que abriga serias dudas sobre su virilidad [...] O como la exaltación de la condición masculina mediante conductas que exaltan la virilidad” (1985, p. 42). En esta “actitud propia de un hombre que abriga serias dudas sobre su virilidad” la violencia encuentra una puerta abierta para hacerse presente. Dicha violencia es un posicionamiento de superioridad en la escala de poder, y como tal se ejerce ante aquellas personas que dentro de esa lógica se les ubica como inferiores, y que en todos los sentidos serán receptores del ímpetu de la rudeza del *macho*.

la estructura binaria que establece la cultura heteronormada. El binarismo de género es la categorización del sexo y el género en dos vertientes: masculino y femenino; es decir, es el sistema de género que se ha mantenido a lo largo del tiempo y que aun hoy perdura como factor dominante en las sociedades. Respaldo por prácticas culturales, no permite que coexistan entidades que se manifiestan fuera de la heteronorma. En este modelo, los tres conceptos: *sexo*, *género* y *sexualidad* se asumen como impecablemente alineados. En este sistema se encuentra la fibra medular del binarismo como categoría dicotómica: dichas entidades, hombre y mujer, son catalogadas como únicas y exclusivas; por lo tanto, los individuos que se encuentran en medio de los dos géneros absolutos quedan excluidos del sistema binario. Por un lado, se encuentran aquellos que nacen con órganos reproductivos intersexuales y, por otro, los que asumen su sexualidad y género fuera de la norma cisgénero.

El binarismo de género impide la libre elección del ser humano para decidir sobre su cuerpo y su sexualidad. Éste define y dicta las características que deben tener ambos sexos, percibidos como únicos, y es conforme a ellos que *deben* actuar los individuos dentro de la sociedad. En la estructura binaria el género se define externamente por la observación de un tercero (el médico en el nacimiento del bebé); no se toma en cuenta la autoidentificación que sucederá en años posteriores e, incluso, la niega rotundamente. La asignación que se hace a un individuo es determinada por la presencia de un pene o una vagina: la definición absoluta de ser hombre o mujer. Asimismo, el binarismo va a establecer los patrones de conducta que cada uno de los géneros asignados debe seguir.

De esta manera, el binarismo ejerce su poder de coacción y coerción mediante el machismo. A través de éste se intentan imponer y mantener las estructuras establecidas para procurar que el orden social se conserve inamovible. Dentro de esta lógica, la violencia encuentra el camino más sencillo e impune de hacerse presente, puesto que la percepción de la violencia va a irse moldeando según los parámetros morales que rijan a la sociedad del momento. Por lo tanto, las manifestaciones de violencia, desde esa tó-

nica, no se perciben como ilegítimas, sino que buscan restablecer el orden patriarcal impuesto y asegurar la continuidad de su dominio mediante la administración de tecnologías eficaces que garanticen las escalas de valores y sus omnipresentes verticalidades.

De acuerdo con las consideraciones anteriores, la ruptura del orden heteronormado por cualquier representación de la alteridad presupone el rechazo, marginación, agresión y violencia contra el transgresor. La comunidad transgénero es la que se enfrenta con estos actos de violencia de manera exponencial, puesto que sus miembros, desde las percepciones dominantes, transgreden la heteronorma en dos sentidos: por un lado, se les percibe como “fallados” según el sexo que les fue asignado al nacer (el biológico) y, por otro, intentan “usurpar” el otro género, aquel que no les pertenece. Lo anterior provoca que las personas trans se configuren y sean situadas cultural y socialmente como víctimas regulares de los crímenes de odio que no intentan sólo dañarlas, sino destruir el cuerpo mediante su tortura, e invisibilizar a su comunidad.

Carlos Eduardo Figari (2009), en “Las emociones de lo abyecto: repugnancia e indignación”, considera que la repulsión y la indignación son las reacciones emotivas principales cuando un individuo se encuentra frente a una entidad que se le define como abyecta.³ Primero se presenta el asco (venido de la repulsión) como reacción inmediata. Para el autor, este es un sentimiento que va a determinar las fronteras dadas entre el hombre y el mundo. El asco separa y selecciona lo que debe ser evitado. De esta manera, determina

[...] qué es lo que puede seguir existiendo en la sociedad, así como aquello que debe ser eliminado de ella, ya sea real o simbólicamente. Esa misma emoción decide qué es ‘inmoral’ u ‘obsceno’ y establece así la reacción de rechazo inmediato hacia ello (Figari, 2009, p. 126).

³ Julia Kristeva concibe lo abyecto como: “el surgimiento masivo y abrupto de una *extrañeza* que, si bien pudo serme familiar en una vida opaca y olvidada, me *hostiga* ahora como radicalmente separada, repugnante. No yo. No eso. Pero tampoco nada. Un ‘algo’ que no reconozco como cosa. Un peso de no-sentido que no tiene nada de insignificante y que me aplasta. En el linde de la inexistencia y de la alucinación, de una realidad que, si la reconozco, me aniquila. Lo abyecto y la abyección son aquí mis barreras. Esbozos de mi cultura” (2004, p. 8).

Asimismo, Figari señala que seguido de la repulsión, se expresa la indignación, en la cual el odio, la rabia o el resentimiento se convierten en los motores principales de las acciones realizadas por aquellos individuos que son testigos de entidades fuera de lo establecido por la sociedad regida por el patriarcado y la heteronorma. La indignación no puede concebirse como tal cuando no existen daños a terceros. Esta motiva los actos de violencia, los fomenta, los aplaude y los legitima. La calidad de vida de las personas trans en México es precaria y cargada de manifestaciones de violencia. Este grupo se presenta como uno de los sectores más discriminados. Dicha situación pone en perspectiva la cantidad de agresiones de las que deben ser víctimas las personas trans a lo largo de su vida en un país como México, con un alto nivel de feminicidios y crímenes de odio por homofobia y transfobia.

Los crímenes perpetrados contra las personas trans reflejan que todavía en la actualidad el odio es constante. Semejantes actos no tienen un *modus operandi* específico, no se guían por edad, características o profesión. Los transfeminicidios hoy en día forman parte de los principales crímenes de odio cometidos en México. Figari menciona a su vez que los crímenes que se cometen contra las personas trans se enfocan en la humillación. Los actos de violencia que se realizan implican en su mayoría la pérdida de la humanidad a través de la tortura del cuerpo, sobre todo en las áreas genitales de las víctimas: “En este sentido, la violencia contra travestis [trans] se expresa en la sobreviolencia del fragmento identitario/corporal, por ejemplo, en la predilección por la tortura en la consideración de un exceso masculino, el pene, o en un exceso femenino, sus pechos” (2009, p. 128). Esto devela que la indignación, mencionada anteriormente, provocada por la identidad abyecta, es decir, la persona trans, busca agredir el espacio físico corporal, más susceptible de ser violentado por representar en su máxima expresión al sexo, la sexualidad y el género.

Asimismo, Figari considera que la heteronormatividad se basa en la legitimación de imposiciones de la sociedad sobre la sexualidad de los individuos pertenecientes a ella. La heterosexualidad se convierte en una ideología que representa la moral y lo aceptable, por lo tanto, se hace obligatoria.

Entonces, mientras se crea un “yo dominador”, es decir, la persona heterosexual, estableciendo al mismo tiempo al subalterno: aquel que entra en el rango de no binario, “De allí que el ser travesti [trans] se presente a los ojos del heterosexismo –e incluso de la homosexualidad– como la expresión de la sinrazón” (2009, p. 133). Mientras alaba y engrandece al heterosexual, la sociedad en un proceso de exclusión-expulsión-repulsión margina al no binario. En este sentido, la persona no binaria que transiciona hacia la conformación de una identidad como mujer trans, ha tenido un papel importante en nuestras sociedades, y es por ello que sus historias se han trasladado al espacio de representación de la Literatura. De esta manera sus historias, que forman parte de la constitución del ser, se trasladan en personajes literarios, lo cual es necesario analizar con detenimiento para poder comprender sus procesos de complejidad.

Hugo, de hombre homosexual a Isabel, mujer transgénero

Por debajo del agua (2002) es la primera novela del escritor mexicano, periodista, psicoanalista y guionista de cine Fernando Zamora. La historia trata sobre una clase de “amor homosexual” entre dos jóvenes, Hugo Estrada y Pablo Aguirre, en tiempos de la Revolución mexicana. No obstante, además de narrar los sucesos reales e históricos, se describe el proceso de transición de Hugo hacia una mujer transgénero, Isabel. Entonces, lo que el narrador en un principio proyecta como un amor *homoerótico*, en realidad trata sobre la historia de Hugo, quien poco a poco comprende que en realidad es Isabel. Estos elementos otorgan una visión novedosa del contexto de la Revolución, ya que resulta interesante observar cómo, junto con el avistamiento de la moral sexual de la época, se entrelaza la decadencia del movimiento armado y la incertidumbre política.

En la novela se plantea un amor homosexual que inicia desde la infancia; un amor vergonzoso que se convierte en una de las causas principales de las precariedades y contratiempos en la vida de uno de ellos. En las primeras

páginas el narrador relata a los dos protagonistas como dos niños que se enamoran uno del otro. La contraportada de la primera edición muestra que la novela:

[...] narra la historia de un país en convulsión: el México revolucionario; y la historia de una transformación personal: de alguien que llega a ser su propio deseo. Pablo Aguirre se fue a la bola porque quería ser más, deseaba ser general. Federico Quintero también se fue porque quería ser más, quería ser presidente. Hugo Estrada no deseaba ser más, sólo deseaba ser diferente (Zamora, 2002, contraportada).

Los pasajes de la Revolución sirven para poner en contexto las razones de ser de cada uno de los protagonistas y, a su vez, encontrar explicación ante las decisiones que toman. Los fragmentos históricos se convierten, entonces, en escenarios circunstanciales que ambientan la vida de Pablo y Hugo/Isabel: crecen y maduran juntos, viven una libertad relativa a través de sus propias subjetividades, pues no era posible que una relación así existiera a voces abiertas, más allá de la esfera de la intimidad y la secrecía.

La historia se presenta a través de una voz narrativa que echa mano de recursos de la temporalidad, como analepsis, prolepsis y paralepsis, lo que provoca que el lector vaya construyendo la historia de los protagonistas con las piezas clave que se ofrecen desde el principio de la novela. Dicha construcción está pensada para que desde el inicio de la obra surja una ambigüedad en la configuración de uno de los personajes principales: ¿Quién es Hugo? ¿Quién es Isabel? La respuesta a estas preguntas va disipándose conforme se lee la novela. No obstante, una vez resuelto el rompecabezas de la identidad del personaje principal, resulta clara la construcción narrativa de Hugo/Isabel.

El proceso de transición depende de cada uno de los individuos. Para unos es claro desde pequeños; sin embargo, para otros el reconocimiento de sí mismos llega tardíamente. En la novela, Hugo se encuentra enamorado de su mejor amigo Pablo cuando ambos personajes tienen doce años. Tan pronto como se percató de su enamoramiento, Hugo se asume como homosexual, no obstante, esta resolución la obtiene debido al contexto que lo rodea: el siglo XX, la Revolución, la moral y el conservadurismo a duras penas

le permite considerarse homosexual; ser mujer transgénero no es imaginable para el personaje. Así, en un principio Hugo se asume como homosexual y es consciente de los problemas que conlleva aceptarlo en la sociedad en la que se desarrolla; sin embargo, él prefiere vivir fuera de la norma a negar lo que en ese momento consideraba su propio ser. De esta manera, resulta revelador al principio de la novela el diálogo entre Pablo y Hugo:

–¿Por qué eres así? –interroga Pablo.

–Así, ¿cómo?

–Así, maricón.

–¡No sé! –contesta Hugo y trata de pensarlo, y lo dice con toda sinceridad.

[...]

–¿Y si fuera leandro, qué? ¿Qué pasaría si yo fuera leandro? ¿Ibas a dejar de ser mi amigo? ¿De saludarme en la calle? (Zamora, 2002, p. 28).

Hugo a sus doce años se concibe diferente al resto debido a su atracción por niños de su mismo género. El protagonista se cree y se asume frente a otros como homosexual, a diferencia de Pablo, quien, a pesar de sentir lo mismo por Hugo, no lo acepta. En el tiempo-espacio donde se desarrolla la novela, el admitirse como homosexual suponía una condena social al catalogarlo como un “desviado”. Lo anterior se reflejaba en las familias de Hugo y Pablo, ya que fueron criados en ambientes altamente conservadores cuya moral condenaba las prácticas homosexuales.

Hugo tiene menor dificultad al aceptar su sexualidad, a diferencia de Pablo, que la considera una perversión que debe ser castigada. Este último ha crecido en un ambiente familiar todavía más rígido; se le ha enseñado a confesar sus pecados. Por ello, al tener el primer acercamiento sentimental y físico con Hugo, se ve moralmente obligado a hablar con su sacerdote, quien le hace prometer que nunca volverá a ocurrir. Es así como podemos observar en el diálogo que continúa:

–¿Tú ya no estás enojado? –pregunta Pablo de este lado.

–¿Y tú? –responde Hugo indirectamente con los pies chapoteando.

–No sé, es que no está bien lo que hacemos. Me lo dijo el padre.

- ¿Se lo contaste a un padre?
- Me hizo rezar cien padres nuestros y quinientas aves marías.
- ¡Pues a ver si funciona!
- Prometí que nunca volveríamos a hacerlo (Zamora, 2002, p. 37).

Es una promesa que ninguno de los dos planea mantener. A través de encuentros ilícitos y secretos, los protagonistas comienzan una relación en donde uno de ellos es consciente de la situación que ocurre entre ambos y, el otro, lo niega:

- Ahí están un rato, viéndose. Tan cerca que pueden oler sus ropas, sus pieles húmedas.
- ¡Carajo! -dice Aguirre.
- Hugo, sorprendido, mira los ojos azules del otro. Busca saber qué defecto imperdonable le encontraron.
- Cómo me hubiera gustado que fueras mujer (Zamora, 2002, p. 17).

Esta última oración que Pablo enuncia genera que Hugo se adentre en su propia subjetividad para entenderse a sí mismo como mujer, más allá que como hombre homosexual. Así, a Hugo se le revela, a manera de epifanía, su verdadera identidad. A Pablo le gustaría que Hugo fuera mujer, así no habría conflictos sobre su sexualidad; sin embargo, el peso principal de esta declaración es que al mismo Hugo le gustaría ser referido como “ella”. Cuando lo entiende, menciona que aquello que Pablo le dijo “era algo que aliviaba mi vergüenza, por qué, no sé. Antes de conocerte, Pablo, no creí que podría existir [...] aquello que me habías enseñado se llamaba futuro” (Zamora, 2002, p. 16).⁴

⁴ La importancia de la voz narrativa del personaje Hugo, en su proceso de transición hacia Isabel, se puede comprender de manera más profunda cuando revisamos los aportes de Sandy Stone (1987, 1994) en *The Empire Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto*, quien proponía que para poder entender la constitución del ser trans, había que recurrir al relato y con éste a la construcción de un mundo posible que debe conocerse a través del género (literario): “To foreground the practices of inscription and reading which are part of this deliberate invocation of dissonance, I suggest constituting transsexuals not as a class or problematic ‘third gender’, but rather as a *genre*--a set of embodied texts whose potential for productive disruption of structures sexualities and spectra of desire has yet to be explored” (Stone, 1994, p. 14). El ensayo de Stone resulta imprescindible para comprender el universo simbólico de la identidad trans y la necesidad de dejar registro a través de la voz en primera persona. Si bien la conciencia de Isabel es un constructo literario, resulta revelador que la propuesta de Stone nos lleve a un entendimiento más complejo de la

La percepción de Pablo, un agente externo a la conciencia de Hugo, reflejaba que alguien deseaba que fuera mujer. Esto abrió una puerta para que por vez primera Hugo se percatara que existía una posibilidad más allá de la de un “leandro” o un “hombre desviado”, que era la que le adjudicaba el mundo que hasta entonces había conocido; es decir, podría ser que su verdadera naturaleza consistiera en ser mujer. Lo anterior significó un largo proceso de autoconocimiento y aprendizaje que devino en la aceptación de su propia identidad. La existencia de la posibilidad por sí misma del hecho de trasladar su ser hacia la imagen femenina resultó para Hugo en una experiencia reveladora que devino en una nueva etapa en su vida.

Si bien, la aparición de Isabel como personaje protagonista se presenta apenas pasadas treinta páginas de la obra, es decir, el quince por ciento de la novela, la relación que existe entre ella y Hugo es implícita. El autor realiza un juego de ambigüedades en el que es entendido que Isabel se constituye como tal una vez que Hugo se asume como mujer; no obstante, a su vez ocurre un vaivén en la narración que hace parecer que se trata de la primera Isabel, es decir, la hermana gemela de Hugo.⁵ Para fines prácticos y esclarecedores, la aparición de Isabel⁶ en cada uno de los fragmentos de la novela hará referencia a la mujer transgénero protagonista.

identidad trans mediante la puesta en práctica de la enunciación en primera persona, que en este caso la percibimos a través de los diálogos en la novela.

⁵ Lo anterior debido a que, en la novela, como parte de ese juego que ya se mencionó, existen tres Isabeles: la primera es la hermana de Hugo, de quien su destino es incierto, pero se presume muerta por sus allegados; la segunda es Isabel como el nombre que adopta Hugo tras aceptar su identidad; y la tercera es Isabel la trabajadora del prostíbulo, cuyo nombre artístico es Silvette. Por su cercanía con la protagonista, la tercera resulta un personaje importante en el proceso de transición. Para evitar las confusiones, nos referiremos a esta última como Silvette a pesar de que este personaje secundario en numerosas ocasiones aparezca con el nombre de Isabel, aclaración que solamente se da por el contexto y la situación conversacional entre los personajes.

⁶ Como ya se mencionó, la narración se va dando a través de saltos temporales; por lo mismo, la voz narrativa en ocasiones se refiere al personaje como Hugo o Isabel, dependiendo de la temporalidad en el momento de la narración. Es por ello por lo que, manteniéndose fiel al narrador, aquí también se referirá a Isabel, cuando el tiempo-espacio lo requiera, y como Hugo en el momento de la historia en que su ser aparece como tal, como el origen y el pasado de Isabel.

En la infancia de Hugo, sus deseos sexuales eran supuestos por sus familiares, se trataba de un secreto a voces, aceptado siempre y cuando lo hiciera bajo el yugo de la clandestinidad. No obstante, cuando este pacto se rompía y los rasgos de la personalidad de Hugo denotaban sus características identitarias (ademanos, gesticulaciones y entonaciones “femeninos”), la complicidad silenciosa de su parentela desaparecía debido a que ellos “podía[n] perdonar en Hugo cualquier excentricidad, pero no *que sus manos hablen más que sus palabras, que sus piernas se crucen con descuido* y sus ojos miren los de Pablo como los de una niña, lista para la batalla” (Zamora, 2002, p. 65. Las cursivas son nuestras). El posicionamiento anterior revela la psique de Carlos, el hermano mayor de Hugo, quien no soporta la idea de un hermano que evidencie sus atracciones a la vista pública. Él, al igual que el resto de su familia, considera que “Dios perdona el pecado, pero no el escándalo” (p. 65). Debido a esto, ellos harán todo lo posible por negar la naturaleza de Hugo, no sólo hacia sí mismo sino también respecto de su rol con la sociedad.

El protagonista convive a su vez con otros personajes, cuyos procesos de aprendizaje y conocimiento han cosechado empatía y naturalidad hacia la homosexualidad, tal es el caso de Margarita, novia de Carlos.⁷ Margarita es una mujer libre que se dedica al espectáculo nocturno, dueña de un burdel en donde no se vive bajo la explotación laboral, sino en el beneficio mutuo. Sin embargo, gracias a lo anterior la opinión de Margarita resulta irrelevante para la sociedad aún porfiriana de principios del siglo XX. El punto de vista de este personaje es invisibilizado por la sociedad debido a que ella vive “sin seguir las reglas de Dios”. Así, mientras la familia Estrada tacha a Carlos y Margarita de indecentes, pues repudian su burdel, ésta cae en la contradicción al utilizarlo para fines específicos como “curar” la homosexualidad de Hugo. Este espacio representa una amenaza para la moral de la familia excepto cuando puede darle uso para su propio beneficio. Simboliza las estructuras de poder marcadas en la novela que denotan cómo van a

⁷ Margarita es una mujer de cuarenta años, dueña de un burdel que recibe gran cantidad de hombres homosexuales torturados y desterrados de sus familias y sus tierras; después de acogerlos, se da cuenta que “a cambio de un espejo y algo de respeto pueden ser leales como el que más” (Zamora, 2002, p. 65).

fluctuar los conceptos de lo “correcto” e “incorrecto”, “moral” e “inmoral”, dependiendo de cuán provechoso sea para ellos eso que critican.

El Sr. Estrada, padre de Hugo, es un hombre decepcionado de sus dos hijos: un hijo tiene una pareja que dirige un burdel y le dobla la edad, mientras que el otro es homosexual. Después de sopesar lo anterior, el padre considera que los pecados de Hugo son más castigables por ser más escandalosos. Así, a pesar de considerar a Carlos como un joven alcohólico que frecuenta burdeles y mantiene una relación erótico-afectiva con la dueña de su prostíbulo favorito, el Sr. Estrada confabula con él un plan para, como ya se mencionó, “curar” la homosexualidad de su hijo menor. “Debe haber alguna forma de [...] solucionar esto” (Zamora, 2002, p. 74), le comenta su padre a Carlos antes de enviarlo a contratar una prostituta para Hugo.

La aversión que el Sr. Estrada siente por su hijo menor lo lleva a convertirlo en un cuerpo que existe para ser transgredido: su hermano lo obliga a tener relaciones sexuales con una de las chicas del burdel. En la familia no son conscientes de su propia hipocresía, Carlos camina con aires de victoria por la encomienda que dictó su padre: “Carlos se siente orgulloso de sí mismo. Después de todo, es esa vida misma que su padre ha calificado de crapulosa la que lo legitima en la empresa de enderezar el árbol torcido de su hermano” (Zamora, 2002, p. 74). Carlos ve a su hermano como culpable de un crimen y cree que es el deber de la familia arreglarlo.

El acto de violencia coactiva que pretendía “enderezar” a Hugo se convierte en una vuelta de tuerca y le ofrece un panorama innovador al protagonista. Silvette, la trabajadora del burdel encargada de reformar a Hugo, reconoce en ambos su estado y situación como disidentes de una sociedad que los margina, los violenta y los rechaza al estar fuera del orden heteronormativo uno, y fuera de la moral aceptable la otra. Silvette, a pesar de su corta edad (15 años), está consciente de la realidad en la que se desarrolla y, así, invita a Hugo a transgredir el orden social que ejerce presión sobre ellos, que los limita y los violenta, liberando su verdadero ser.

Es Silvette la que hace que por primera vez Hugo se convierta en su propio deseo. El anhelo de Hugo de ser mujer ya se había expresado antes, es de-

cir, enunciado discursivamente; no obstante, se manifestaba como un deseo oculto, algo imposible de lograr en una realidad perceptible. No es hasta que descubre en Silvette su propio reflejo cuando se le revela, tangiblemente, su verdadera identidad. Ésta no surge en ese instante, en realidad la mujer/niña que era Hugo ha presenciado cada suceso de su vida, ha experimentado las mismas cosas que él: “A Hugo le gusta la imagen que le devuelven los espejos en el techo: *la imagen de la niña que tuvo que ser* [...] Él a veces es niña y a veces Hugo” (Zamora, 2002, p. 88, énfasis agregado). Su reflejo en Silvette le devuelve a Hugo la imagen de la niña que *tuvo que ser*, la niña que unas horas después se da cuenta que está lista para ser, para existir, para vivir en un mundo que, si bien es peligroso para una persona fuera del binarismo de género en los tiempos revolucionarios, también es la puerta que le ofrece nuevas posibilidades en donde ella finalmente se sienta cómoda en el cuerpo propio.

El proceso de aceptación de una persona trans es largo y doloroso, cargado de actos de agresión, violencia y marginación. Al no reconocerse dentro del cuerpo en el que se existe, la persona trans siente la alteridad en su propio cuerpo y en su subjetividad. Dentro del proceso de autorreconocimiento hay una doble manifestación de violencia: en la primera se encuentra la física, verbal y simbólica ejercida por la sociedad, representada a través de la familia, amigos y conocidos; mientras que en la segunda se hace referencia a la violencia que practica la misma persona trans sobre sí misma. Entonces, mediante su propia negación genera como consecuencia, muchas veces, una transfobia interiorizada. En Isabel, al momento de reconocerse se presenta de inmediato el rechazo a su propia identidad, el cual se da de la siguiente manera:

No dices nada. Pero tomas la decisión: quieres ser ella, esta muchacha, tal vez, tu hermana.

—¿Quién soy? —te preguntas.

—Eres una mujer —responde Silvette—. Eres tu hermana.

Y ahí te quedas, rendido por vez primera. Eres una mujer y no entiendes por qué. De todos los hombres ahí reunidos, *¿por qué* te pasó esto?, *¿por qué* a ti?, *¿por qué?* (Zamora, 2002, p. 142, énfasis agregado).

La reiteración de la pregunta “¿por qué?”, además de la negación al aceptarse, denota una especie de castigo. Por lo tanto, en una primera parte del proceso, concebirse como mujer para ella representa una condena; la búsqueda del porqué de su realidad sugiere la existencia de una causa para dicho castigo, la cual Isabel no consigue explicarse. Ella vive en una sociedad cisheteropatriarcal en donde cualquier manifestación activa de su identidad generaría discriminación, abyección, rechazo y violencias. Estas “consecuencias” surgen debido a que las construcciones sociales que definen las estructuras de poder están erigidas en la dicotomía de hombre/mujer. Por ello, al estar fuera de esta dualidad, dicho sentir genera en Isabel la no pertenencia a una sociedad funcional. Asimismo, el ser mujer trans implica asumir los roles sociosexuales que se imponen según los sexos, su imposición en los roles de género, incluyendo los prejuicios y estereotipos sobre el deber ser mujer. Lo anterior se genera ya que la dominación patriarcal heteronormada jerarquiza las estructuras de poder como hombre > mujer, es decir, y en palabras de Ricardo Llamas:

El régimen patriarcal establece la existencia de la mujer en referencia a la existencia del hombre. La mujer sólo existe en su relación con el ‘hombre’, con el ‘macho’. Es éste quien impone sus criterios en el espacio público y quien, además, articula los discursos hegemónicos. De este modo, la imposición sobre la mujer se pasa a la feminización de la instancia denostada (1998, p. 60).

Lo anterior se refiere a la idea de que la existencia de la mujer dentro de una sociedad patriarcal va a estar correlacionada todo el tiempo en función de las necesidades del hombre. Los roles asignados a ambos géneros dentro de una estructura binaria dictaminan que el sexo débil (femenino) debe adoptar las normas impuestas por el sexo fuerte (masculino). Es entonces el género masculino el que se encarga de la mayoría de los actos físicos y discursivos en los espacios públicos y privados, reduciendo la voz y el actuar de todo cuerpo femenino a la casi inexistencia o a la exclusión. Esto se traslada a la discriminación padecida por las mujeres trans que, para los ojos de la estructura patriarcal, son “fallados” al no cumplir con el rol que

les corresponde como varones y, al mismo tiempo, deben adoptar el rol inferior de su “nueva condición”, es decir, su identidad de mujer. Entonces, el no poder ejercer como hombres y el deber de cumplir los parámetros de los roles sociosexuales femeninos traen consigo una afrenta dicotómica dividida en el *no poder* frente al *deber hacer*, que se conjuga en la legitimación de las violencias ejercidas sobre ellas. El no poder resulta en diversos castigos por la incapacidad de cumplir con su sexo biológico, mientras que el deber hacer trae consigo el rechazo por considerar a las entidades transfemeninas como no merecedoras de su género, puesto que representan una desviación del “sexo fuerte”. Por lo descrito anteriormente, las mujeres trans se convierten en el último eslabón de la cadena del poder jerárquico. Estamos de acuerdo con Erich Sancho Bru (2019), cuando afirma que:

[...] la experiencia de vivir en conflicto con el propio cuerpo sexuado y de transitar en el género es, todavía, un relato huérfano de topoi, [...] Los únicos discursos que se han difundido mayoritariamente, surgen del estamento médico, que trata a aquellos que se salen de la norma como a enfermos a los que hay que normalizar, hasta que sean invisibles en la sociedad, para que puedan existir de forma sana (p. 149).

De esta manera, Pablo, que conoce a Hugo desde la infancia, vive junto con éste su proceso de transición hasta convertirse en Isabel; sin embargo, el alivio que ella encuentra en Pablo se desmorona por la violencia impuesta por el machismo. La virilidad de Pablo, incapaz de asumirse homosexual, debe ser reafirmada cada cierto tiempo. En ese periodo, y aun en la actualidad, el valor del “macho” se mide conforme a la violencia que es capaz de ejercer, violencia que es determinada según su fuerza física, su consumo de alcohol, su facilidad para matar, sus aptitudes amoratorias, entre otras: “—Yo soy el general Aguirre —grita—, quiero que sepan que Aguirre es muy macho y aquí no ha pasado nada” (Zamora, 2002, p. 167). Los conflictos de Pablo Aguirre eran resueltos mediante sus ejercicios de violencia pública que lo reafirmaban como líder, ya que, entre más violento es el hombre, más macho, y entre más macho, más merecedor de respeto. Es así como esta cadena establece el reconocimiento de su poderío. Estas repro-

ducciones de conductas violentas son las que lo llevan a golpear a Isabel, agredirla verbalmente, manipularla, violarla y, finalmente, asesinarla.

El asesinato de Isabel, que es con lo que implícitamente comienza la novela, es de carácter fundamental para establecer la naturaleza identitaria de la protagonista que el narrador pretende mostrar. Si bien los primeros catorce años de su vida los vivió dentro de una concepción masculina, los siete años previos a su asesinato forjaron su identidad y carácter. Durante siete años Isabel vive en femenino, adopta las conductas sociosexuales de este rol; ella asume su posición como mujer frente al mundo hasta que Pablo la asesina. Así, cuando Isabel se convierte en una víctima fatal del machismo, ya no es Isabel, es desposeída de su identidad convirtiéndola de nuevo en Hugo:

Acabo de matar a mi mejor amigo... ¡Porque soy muy cabrón y muy macho y nada me importa! Estoy borracho y voy a seguir así hasta que me deje tranquilo este olor a pólvora y sangre seca. ¡Que venga este perro y limpie la bota que Hugo embarró con su sangre! No me importa estar solo, ni pudrirme en el Infierno. No creo en Dios ni en el Infierno ni en la muerte y sé que nunca voy a morir (Zamora, 2002, p. 13. Cursivas en el original).

El primer elemento analizable de la cita anterior es la oración que se estructura al comienzo: “acabo de matar a mi mejor amigo”. Esta oración, que se enuncia posterior a la muerte de Isabel, erradica todo rastro de la esencia de la protagonista. Pablo subyuga la particularidad identitaria de Isabel como mujer mediante su enunciación: a partir de ese instante Isabel deja de ser “su mujer”, su soldadera, para ser el amigo hombre que yace muerto. La conformación de Isabel se reduce hasta desaparecer con el acto de su muerte. Después, es a Hugo hombre a quien pertenecerá el cuerpo asesinado. Con esto Pablo comete un doble asesinato: 1) el que ocurrió cuando le disparó en la cabeza a Isabel; y 2) al realizar el acto discursivo en donde elimina la existencia del carácter femenino de la protagonista.

La segunda oración que llama la atención es: “¡Porque soy muy cabrón y muy macho!”. Esta funciona como la justificación de Pablo Aguirre hacia sus propios actos violentos. Sus palabras intentan excusar sus comportamientos; su enunciación no encuentra un argumento válido que permita dicho actuar.

Sin embargo, pronunciarse como “soy muy macho” pareciera que legitima los actos atroces que comete. El asesinato de Isabel presenta su trágico final, pero también su muerte plantea el destino cotidiano que tienen las mujeres trans que deciden participar activamente en la sociedad: ser víctimas de crímenes de odio. Asimismo, el reflejo de la violencia ejercida y provocada por el machismo encuentra receptores en cada uno de los individuos que el sistema marca como débiles. La dominación patriarcal establece que ningún hombre “fallado” puede desempeñarse en la sociedad; por ello, el deber de los machos es deshacerse de esas entidades que ponen en peligro la estabilidad de las estructuras binarias. Por otra parte, el tercer elemento tiene que ver con el reconocimiento del poderío a través de la consumación de actos violentos que provocan en los victimarios la sensación de ser invencibles. En la afirmación que hace Pablo de “no creo en Dios ni en el Infierno ni en la muerte y sé que nunca voy a morir” parecería que se percibe a sí mismo como superior a estas figuras gracias a su capacidad de ejercer poder sobre los demás.

La vida de Isabel, de siete años apenas como mujer trans, se convierte en un símbolo que representa a una comunidad a la que le es imposible un período de vida longevo y próspero, como se espera en el resto de los individuos. Seres violentados en todos los sentidos y formas existentes viven con el anhelo de que en algún momento el mundo se convertirá en un lugar mejor, en un lugar donde sea seguro vivir.

Consideraciones finales: hacia una comprensión de la mujer trans como personaje literario

Si bien *Por debajo del agua* trata sobre un amor homosexual nacido en la infancia de los protagonistas en la época de la Revolución, la parte de la historia en que Hugo se ha transformado en Isabel consiste en un complejo proceso de descubrimiento de su carácter y cualidad ontológica como mujer trans. En este sentido, la novela fue catalogada como “novela gay” en el momento

de su publicación.⁸ Es verdad que la voz narrativa comienza relatando la historia de dos protagonistas hombres: Hugo y Pablo; sin embargo, esto no se mantiene así por mucho tiempo, pues antes de transcurrida la mitad de la novela, la transición de Hugo a Isabel ya es sabida y reconocida por otros personajes cercanos. De esta manera, más allá de ser “una mirada al mundo gay en tiempos de la Revolución” (dicta la faja de la primera edición), es una novela de tema transgénero en la cual la transición de Hugo en Isabel funciona como elemento preponderante para la comprensión de la historia y la Verdad que acompaña la muerte trágica de la protagonista.⁹

La confusión se puede generar sobre todo porque en el momento de la publicación de este texto literario, la invisibilización de la comunidad transgénero en América Latina era aún más evidente que en la actualidad. La poca apertura que existe para enunciar a la comunidad transgénero en el mundo literario todavía perdura. Esta inexistencia de un concepto claro de “literatura trans” hacia finales del siglo XX y principios del XXI generó que las protagonistas quedaran en aquel momento conceptualizadas como hombres homosexuales, cuando la realidad de cada una de ellas es otra muy diferente.

Es pertinente recordar, entonces, que el patriarcado que basamenta la sociedad ejerce sobre cada uno de los individuos una violencia estructural

⁸ La novela se ha difundido desde que vio la luz como “la primera novela gay sobre la Revolución”. No obstante, y de manera afortunada, es el autor mismo quien admite que no está del todo de acuerdo con nombrarla de esa forma, puesto que la idea de lo “gay” surge en tiempos posteriores, por lo cual no sería correcto etiquetarla así, o etiquetarla de alguna manera en particular. Zamora comenta que las etiquetas tales como “literatura gay” y demás pueden ayudar o perjudicar a cada una de las obras. Por eso, él mismo prefiere que cada quien identifique a su obra con aquel género que se sienta más cómodo (Zamora en García, 2002).

⁹ Por eso consideramos importante analizar la construcción de los personajes trans a la luz de los aportes de la teoría. De esta manera podremos entender su complejidad al comprender que la categoría transgénero, como concepto, emerge: “como reacción político-cultural hacia el determinismo esencialista y los regímenes médico-psiquiátricos de normalización asociados con la transexualidad. Si esta última ha puesto el acento en la transformación del sexo biológico para ajustar al cuerpo a la identidad de género correcta dentro del régimen normativo binario de los sexos, la categoría transgénero lo ha hecho en el carácter culturalmente construido de la experiencia trans enfatizando la subjetividad, la cultura y lo discursivo. La diferencia entre ambas a su vez ha significado que a lo largo de la historia la transexualidad haya sido un término asociado con la medicina y la psiquiatría, mientras la categoría transgénero haya tendido a tributar estrechamente de las ciencias sociales, las humanidades y el activismo político” (Alegre y Fiedler, 2021, p. 283).

que no sólo legitima los actos de agresión, sino que los fomenta y promueve. La muerte de Isabel, realizada por el hombre que ella más amaba, simboliza la capacidad del macho mexicano de reproducir actos de odio sobre cualquier entidad que él considere inferior. El poder otorgado a la figura masculina provoca sociedades violentas que luchan por mantener estructuras jerárquicas de dominación, en donde cualquier entidad que pueda simbolizar la pérdida de la supremacía debe ser eliminada.

También se debe recalcar cuán necesaria es la visibilización de la comunidad trans en la literatura, debido a que, como se vio con anterioridad, la anulación discursiva de este colectivo es símbolo directo de anulación de la identidad misma. Negar la existencia de la comunidad trans y su representación en la literatura es negar también su existencia en la vida misma. Este grupo lucha arduamente por el reconocimiento de sus derechos para formar parte activa de la sociedad a la que pertenece; no obstante, el constructo heteronormativo provoca en sí el rechazo inmediato, permitiendo toda clase de violencias que además de invisibilizar, destruyen la existencia de la comunidad, real y metafóricamente. Por eso, también es necesario estudiar su presencia como personajes en los textos literarios, ya que, como constructos ficcionales, la confección de su identidad y sus categorías ontológicas merecen un estudio que rearticule y describa las características de estas conciencias.

Referencias

- Alegre Valencia, Yesenia y Sergio Fiedler Flores (2021). “La categoría transgénero y su descontento: una genealogía crítica”. *Revista Punto Género*. Núm. 16, pp. 266-290.
- Figari, Carlos Eduardo (2009). “Las emociones de lo abyecto: repugnancia e indignación”. *Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. 3era ed. Buenos Aires, CICCUS / CLACSO, pp. 131-141.
- García Hernández, Arturo. “Por debajo del agua puede ser la primera novela gay de la Revolución”. *La Jornada*, 21 de mayo de 2002, <https://www.jornada.com.mx/2002/05/21/02an1cul.php?printver=1>. Consultado el 30 de marzo de 2022.

- Kristeva, Julia (2004). *Poderes de la perversión*. S. t., 5.^a ed. México, Siglo XXI.
- Llamas, Ricardo (1998). *Teoría torcida: Prejuicios y discurso en torno a la homosexualidad*. Madrid, Siglo XXI.
- Lugo, Carmen (1985). “Machismo y violencia”. *Nueva Sociedad*, 72, pp 40-47.
- Sancho Bru, Erich (2019). “La literatura como afirmación de una existencia. Cómo leer cuando las personas trans escriben”. *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*. Número extraordinario 5, pp. 146-154.
- Stone, Sandy (1994). *The Empire Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto*. Cuarta edición, pp. 1-27. Publicada en <https://sandystone.com/empire-strikes-back.pdf> (consultada el 10 de mayo de 2022).
- Zamora, Fernando (2002). *Por debajo del agua*. México, Plaza & Janés.

Miradas diversas:

la violencia de género desde las humanidades

Ma. del Carmen Dolores Cuecuecha Mendoza
Adriana Sáenz Valadez

Coordinadoras

La edición estuvo al cuidado de



Agosto 2022

Morelia, Michoacán, México